



Universidad
de
Antioquia



Departamento
de
Bibliotecas

poemas

José Manuel Arango



Visita

si en mitad de la noche
nos despierta un olor de incendio

y abrimos la ventana y entre los árboles
hechos de dura sombra está sólo
el aroma de las frutas en sazón

que más sino la dolorosa alegría
de que nos hayan visitado una vez
los rojos querubines del fuego

una lluvia de tiza borra los techos

afuera por la calle desierta
oímos las palabras
pulidas como negros cuchillos
de piedra

de una lenta canción
que dice lo que ahora callamos

y en la que alguien otro
sin conocerte
te celebraba ya

hago de ella
un regalo imprevisto
para tu corazón habituado a la lluvia

Desmembración

su corazón arrojado al mar
para que las olas no cesen

sus ojos enterrados bajo los pinos

su cráneo junto a la nuez de la fuente
para que brote el agua sagrada

su vientre para los cóndores de la noche

sus senos una figura
de estrellas

qué se destruye en tí

qué frágil esperanza, qué tela
de sueño y de memoria

cuando aprietas los párpados
y el trazo negro del relámpago
que acaba de alumbrar el cielo
hiende tu alma

Fábula

para que mi deseo la siga
con la furia de un verano tardío
y la devaste

una muchacha viva pasa

ah tejer una fábula maravillosa
delante de sus ojos abiertos

como doncella que se adentra en el bosque en busca de miel silvestre
y regresa trayendo en el pelo un extraño perfume de parásitas
así fuiste aquel año en que tu carne entraba en sazón

cuando en tu vieja ciudad
levantada entre un río y una colina
vi tu cabeza oscura contra el muro de cal

cuando la inminencia del amor apuntaba en tu risa
muchacha amarga

y tus senos latían
maduros casi para ser acariciados

Hölderlin

quizá la locura
es el castigo

para el que viola un recinto secreto

y mira los ojos de un animal
terrible

Estas manos donde el hielo deja su frío

el que después de una noche de terror
descubre en el espejo su cabeza
blanca

podrá cumplir sus oficios de hombre
—empuñar el martillo, copular, dar la mano—
como antes?

NADA: blancura, frío.

Ramas endurecidas
que una ficción de viento hace crujir
con un ruido de vidrio.

Han bebido toda la noche
pero una lucidez taciturna
les llega con el alba.

Casi al anochecer un carrigüí vino hasta el drago;
fue un aleteo,
y la cola, que osciló como un péndulo.

Abajo la ciudad brillaba. Era una telaraña de luces.

Malgastaron la noche en herirse.

Ahora, con los ojos ardidos,
sintiendo la frescura del vaso en la mejilla,
ven el amanecer.

Abajo, secreta, hervirá ya la vida.
Un gallo habrá cantado en el suburbio.
Los hombres comenzaron a volver de sus sueños.

Y ellos se quedarán allí
—la espada contra el muro, mirando el valle blanco—
hasta que la neblina suba,
destape las laderas mondas

y los techos cocidos
de la misma tierra rojiza.

las manos, heladas, llamean.

qué son los curvos caminos
las ciudades de piedra donde un mismo hombre
canta y maldice en cien lenguas diversas

si de tí mismo nacen la memoria
y la fatiga de los viajes

y tras el último regreso
envejecido y solo
llegarás a saber

que no saliste nunca
del dédalo
de tu palma

Armonía

perdido
por los ciegos senderos
de la música

tienes
el rostro
que tendrás en la muerte

ESTAS cosas que la sorpresa
de una mañana clara
—a veces una repentina zozobra—
nos ilumina, nos devuelve.

El pichón emplumado
que asoma la cabeza
en el palomar. La neblina
que se enreda en las ramas de los pimientos.

Cosas a un tiempo familiares y ajenas
como la risa del hermano
vuelto a encontrar ya viejo.

ENTONCES una mano
te tocará en el hombro.
(Será verdad: habrás sentido
la mirada en la nuca).

Y te volverás. Y ese rostro
será por un instante
—sólo por un instante—
extraño.

tal vez en el origen
los liga un parentesco
sagrado

y no hay sólo
deseo
en el temblor de sus manos
cuando la tocan

tal vez
un miedo reverente
lo agita, quiebra
su voz

porque en el laberinto de las sangres
él es su hermano y ella
su hermana

(del vientre de la noche
como niños gemelos
renacen una y otra vez
desnudos

y el alba con su leche
los amamanta)

en la mansa
familiaridad de las calles

la sombra de un árbol cuelga
inmóvil sobre el muro blanco

y
de pronto
sin raíz, el deseo
de quedarse en este día, siempre

blancura deslumbrante de los muros
en la iniciación de la tarde

un brote de hierba tierna renueva las ruinas

en el corazón dura el canto de los querqueses

esta ciudad donde no hemos vivido nuestra infancia

la ceja de árboles negros sobre el recodo
cuando brilla el ojo súbito de la serpiente

Ciudad

1

como repiten las manos
del ciego la forma
de una vasija

o recorren un rostro, minuciosamente

así voy, en la noche, por
la ciudad

(mujer
rencorosamente poseída
y vasto territorio del tacto:

conozco
el sabor agrio de tu sexo)

2

rincones insidiosos, pasajes
ocultos, normas
arteras

y en mí
un mapa de la oscuridad

3

y no cruzo el puente de piedra
porque ya no hay piedra; no toco
los muros; pienso
otros muros vanos; descamino
los sitios, ya interiores, del hábito

4

plazas posibles
donde el reloj marca otras horas

las calles que el ciego prefiere
y frecuenta

laberintos en la memoria

Baldío

1

en la carnicería cuelga el tronco de la res desollada
como un fuego vegetal
por la cara sombría
de las vendedoras de flores
rebrilla el rojo de las rosas

entre el griterío cantan los pájaros
y la cáscara de plátano se tuesta bajo el sol de la tarde

bachué, señora del agua, enséñame a tocar
la fina pelusa bermeja del zapote
a ver la sal brillante en el oscuro lomo de la trucha

2

vestido con el pelo de las bestias
los pies cubiertos de un retazo
de piel de otro

me detengo junto al baldío
donde el verde fértil de la maleza
afirma, en el corazón mismo de la ciudad
una pervivencia salvaje

Texto

1

la ciudad: un desierto dorado
por la luna; las calles
son las líneas de una mano
abierta

en algún lugar alguien lee
un libro extraño como el silencio

ese rostro, la llama móvil
que lo multiplica: los ojos
que sostienen en vilo
la plaza desierta

2

una mujer en tanto
con el pelo revuelto
y los rasgos quebrados
borrosos de sueño

habla: grita
palabras olvidadas
y la boca se le llena de sombra

mundos de hielo
crujen
y se derrumban
en el origen de sus terrores

3

por la avenida de farolas
las copas de los cauchos
tiemblan

con un temblor de plata
bajo el viento, bajo la luz
blanca

el índice entre el libro, ahora
cerrado, no señala

4

cerca de la ventana iluminada
un aleteo roza el muro
de piedra

la mujer sueña
sueños tranquilos

y en el silencio, extraño como un libro
también la ciudad es un texto

Asilo

1

sentados
en círculo, el rostro
cerrado por enigmática
sonrisa

los sordos
hacen signos extraños
con los dedos

2

y cuando la oscuridad
es silencio

oyen
con la sien en el puño
sus pensamientos

3

atroz vigilia de los sordos

en sus cráneos
los silenciosos hundimientos
de los valles del mar

los ojos
dolorosamente
abiertos

los hombres se echan a las calles
para celebrar la llegada de la noche

un son de flauta entra delgado en el oído
y otra vez en las plazas lugares de fiesta

donde las niñas que cruzan con la espalda desnuda
las miradas de los cajeros adolescentes

repiten los movimientos de un antiguo baile
sagrado

y en la algarabía
de los vendedores de fruta
olvidados dioses hablan

repetido naufragio de los parques
en el anochecer

la hora en que cerrado
por el roce de un ala
sombra

el corazón desciende a frías moradas

aromas de distantes jardines
gritos remotos
notas de una canción
dicha en otra lengua

el viento con su sonora presencia
hace más vasta la noche

la casa que reduce la noche a límites
y la hace llevadera
cuando el rugido de una bestia en el sueño
o las palabras que sin sentido
despiertan con todo ese extraño temor
surgen como restos de una oscura lengua
que desvela el origen y la amenaza

el techo que cubría un fuego manso
arderá

y entonces nada habrá seguro
y será necesario de nuevo cavar
hacer

cerca del agua quieta un árbol
oscuro contra el cielo de cobre

en el frío recodo se detuvo un momento
el pez de ojos de fuego que rige el lago

leve desasosiego
de las ramas escuetas
y un temblor en la piel

duro cráneo

vasija de sueño

descifra
la escritura del viento, sus trazos
en el agua nocturna

muchachas que viajan dormidas
en los trenes nocturnos

una ciudad partida por un río
y el país de tu rostro

imágenes
fieles a la tierra

Ascensión a las montañas

el vuelo de un cóndor
oscurece
el blanco mediodía de los nevados

quemadura
del frío
que purifica nuestro corazón

sombras de un limbo helado y blanco:

la semilla no oída
que estalla silenciosamente
junto al pozo seco

el mudo grito del cóndor en las soledades

la estrella
que mientras duermen hombres y bestias
arde en el cielo ciego

sombras
de un limbo helado
y blanco

un trueno en la mañana, súbito
y después el silencio filoso de los sueños
es la misma calle de siempre, los sitios familiares
qué extraños sin embargo de pronto como apariencias de un helado
(país de muerte

la rama de la ceiba —su sombra— tiembla sobre el muro

día a día debiste hacer tu jornada de lento viajero
para llegar a este minuto
en que la radical extrañeza
de todo te hiere

y un trueno estalla en la mañana, súbito
y es después el silencio filoso de los sueños

la llama que una mano traslúcida
defiende del viento
cuando por el claustro sombrío
va la aguda doncella
descalza

dos labios, dos senos, dos
nombres

y un cuerpo intocado
prometido a la tierra

en sus ojos llenos de cifras
esa luz interior de los acuarios

y su corazón de barro
que será otra lámpara
cuando la llama se apoque, se
apague

al final
las escalas del sueño

mientras bajo la tierra crecen las raíces del pino
y los muertos tranquilos pastorean los astros

mientras un hombre canta para espantar su miedo
por un camino solitario

y sobre alguna ciudad desconocida cae la lluvia

tú
y yo
nos amamos

y después del amor
su silencio a mi lado como una sombra blanca

mientras fumo en silencio
maravillado, herido, triste

píntate los senos
de achiote y negro

nos amaremos
en el mediodía amarillo
como en un desierto

en la raya del alba
como en la frontera de dos reinos

como para cruzar un río
me desnudo junto a su cuerpo

riesgoso
como un río en la noche

próximos en el amor qué vastos sus ojos
poblados de arbustos lacustres

qué solitario
tu llanto silencioso

de miedo, de alegría

la noche que en tu lecho de niña
y señalada con un trazo de sangre
en una adolescente milagrosa
despertaste transfigurada

mientras la ciudad oscurece
y contra la sombra azulada de los mangos
el día ruidoso se apaga

adivinando sus gemidos entre el recio viento del anochecer
iríamos por el linde del bosque donde se acarician los enamorados
y su fuego nos encendería

con los ojos ariscos del venado
que atisba por entre ramas oscuras
un dios fugaz podría aparecer de pronto

y sería la fiebre de su mano en la mía
y en el peso del corazón el llamado de la tierra

porque es
amada
otra vez el comienzo
si

ebrios de un vino oscuro, poseídos
de un fuego oscuro
nos damos a los juegos sagrados de la noche

para que sean nuestros rostros máscaras
que prefiguran rostros
y nuestros cuerpos sombras
que prefiguran cuerpos

ambigua entre la presencia y la memoria
retrocediendo a una infancia de niebla y frutas doradas
sonríes ajena

perdida en las visiones llameantes
que emergen cuando miras absorta
la tersa piel del agua

contra tu rostro entonces
como una mariposa cogida con los dientes
la alegría aletea

mensajera venida de un país de lagos
que traes una caracola colgada entre los pechos

en dónde alienta ahora
qué afanes la gastan

a quiénes entrega
sus rostros
de asombro, de alegre ironía
de hastío

qué ajenas voces la solicitan
a ella, la mía, la

marcada
con el vivo tatuaje de sangre
que la boca voraz
dejó en su garganta

unos breves sollozos convulsos
al borde del sueño

dos astros lentamente
caen en un abismo blanco

y su carne se aquieta
como un temblor del agua

Imágen

1

lo oigo ahora
es una sorda ráfaga
que me hace cerrar los ojos

como un trueno impreciso dentro del cráneo
un rugido; resuena
en la memoria

y un punto antes de cruzar la calle
me hace cerrar los ojos, pararme

es el mar, una imágen suya

pero no, no es siquiera una imágen

porque no hay en ella color
ni brillo, nada
deslumbrante; una ráfaga
de oscuro sonido

sólo
eso de voraz
—su único trazo
visible—
eso que avanza y arrolla
la urgencia furiosa que crece al acercarse

y aún ella no es
del todo
para los ojos
sino
algo que embiste
dentro

una amenaza repentina
la ola fría de tiniebla
contra la garganta

2

esta es una ciudad amurallada
entre montañas; uno mira en torno
alzando la cabeza y ve sólo

la línea azul de los montes, lejos
sus picos: es el borde de una copa
quebrada

y en el fondo de la copa está la ciudad
encerrada, dura

el mar es remoto

y yo no sé si en esta imagen suya
que una vez me traje conmigo
del mismo modo que se trae una concha
haya nostalgia

llega de pronto, en el sueño
en la vigilia a veces
pero siempre impensada
súbita

1 p.m.

1

En la cuneta el perro envenenado
muestra sus dientes amarillos. Verano.

Un sol de cobre
que aporrea la nuca
y las caras aniñadas de los soldados bajo los cascos.

Notarías, casas de putas, bancos, funerarias.

Los saltimbanquis,
con sus ropas ceñidas
como de bailarines o de mimos,
piruetean. Son los juglares
de hoy. Prepara una moneda
para echar en la gorra.

2

Mira a los que los miran.
Considera esos rostros
atravesados
por una mueca rencorosa.

Bajo la suela
sentirás el asfalto
quemándote la planta.

Respira la aridez del aire,
el olor a betún, el polvo.

3

El viento trae un olor nauseabundo de los basureros.

Mediodías como olas de fuego sobre los tejados.

Un gallinazo vuela siguiendo la curva del río.

4

Párate a oír cantar a las dos ciegas.

Sentadas en el borde de concreto

de la jardinera, remotas,

rascarán sus guitarras.

Fija el dúo de voces

nasales, agudas;

el crotaloteo de las maracas.

5

En la acera de enfrente,

con el barboquejo pegado al mentón,

habrá un soldado inmóvil.

Costumbres de las palomas

1

Desde el palomar --la caseta
desteñida, clavada
en la horqueta del tronco
del pisquín-- la paloma
se deja caer a la era
de grava.

(Pájaro de ciudad la paloma.
su huevo azul
tiene un pichón de sangre
diminuto en la yema).

2

Llovió duro anoche.
Los senderos curvos del parque
están fangosos
y en el pavimento, entre las eras,
hay hojas amarillas,
podridas.

El palomo suelta
un arrullo furioso
y va a posarse
en la cruceta del farol.

3

Un punto antes se hace
equilibrio con la cola, agitándola,
con las alas. Y el aleteo
por un instante lo borra:
ese vértice blanco, frío.

luego se queda
inmóvil de pronto.

4

La paloma me mira
con su ojo amarillo.
El sol le pone
en el cuello
un haz reverberante
de reflejos cárdenos.

Ella
me mira
con su ojo amarillo.

6

Ahora bebe agua
del pantano. El palomo
cerca
escarba en un montón
de tierra.

Ahora
se espulga debajo del ala;
busca saltamontes
entre la hierba.

(Ese modo de andar,
con paso torpe, venciéndose
a un lado y a otro.
Picoteando el aire).

7

Sobre la tierra blanda,
junto al pantano, queda
como una estrella trunca
la huella de su pata
roja.

8

Voló.
La punta de la rama
retiembla

y un reflejo, un azogue vivo
de sol y sombra, se hace
sobre el piso mojado.

(En la penumbra malva
y transparente, bajo
la hoja tierna,

está, para ella, el gusano
que roe
la fruta).

9

Ya vuelan en
bandada. El vuelo
recto, rasante. Oigo

el aleteo rumoroso, el azote
de alas en el aire.

Qué alharaca. Se paran
en la cornisa de la torre.

PENSAMIENTOS DE UN VIEJO

Para: Fernando González hijo

1

Usa bordón: de guayacán o de guayabo.
Todavía, con todo, es un viejo derecho y ágil.
Quizá la mano tiemble un tanto, la mano de dedos nudosos,
pero el bordón es sólo un resabio de caminante.

2

La boina cubre la gran testa pelada.
Cabezón pero infiel, así me parió mi madre.

Algunas hebras canas asoman en la nuca, en las sienes.

3

Dos rasgos, sobre todo, resaltan en el rostro magro:
la quijada saliente
y los ojos de una inquietud atenta.

Van del sarcasmo a la inocencia, al gozo, a la duda.
Ya estudian burlones a la gente que pasa.
Ya se fijan, mansos y lúcidos, en las palomas.

4

Y todo lo que ven es asunto de su lento monólogo,
todo casa en la larga meditación que lo ocupa.
En ella cada cosa tiene un lugar y un sentido.
Es una pregunta, una señal

5

Por ejemplo, esa muchacha que cruza. Una bella negra
cuyo paso está hecho del ritmo que marca un tambor lejano.
Lo oye en sueños o ebria. Camina, danza.

Es Eva, de catorce años y medio.

6

El viejo se apoya en su bordón, se detiene.
Una sombra de triste avidez, de alegre avidez, le nubla la cara.
En tiempos solía sorprenderse siguiendo a una muchacha.
Dios es una muchacha, la muchacha de las muchachas.

7

Esos senos duros, erectos. Pero no, no es dureza.
Es elasticidad.
Uno hunde el dedo en la carne y la carne se hinche de nuevo.

Hermosa, es decir joven.

8

Bah, puro misticismo, religión pura.
Prédica de cura viejo, dijimos.
¿Qué podría enseñarnos? preguntó nuestra desconfianza.

9

Vida, diosa de los ojos maliciosos.

10

Nos pensó. Tuvo ojos para ver nuestro entorno.
Conocía esta tierra.
Una tierra como útero herido por el partero con la uña.

11

Y esa forma suya de hablar, con vocablos redondos, duros.
Uno sabe: ésto es mío. Se reconoce.
Usó para pensarnos el dialecto que hablamos.

12

A veces saborea y saborea una palabra,
una manera de decir oída en la niñez.

Así se acaricia una teta de muchacha.

13

Porque sabía ver, palpar, olfatear.

Oler es el primer acto del amor.

¿No me deleito yo oliendo las cabezas de mis hijos?

14

Es preciso, dijo, acallar la propia algarabía
—el silencio es una conquista, un fruto difícil—
y quedarse donde lo coja a uno el amor,
solo, despacio, paladeando, tocando.

15

Y allá va la negra. Va erguida
como si llevara en la cabeza un cesto de fruta.

La cadera es exacta, el vientre justo.

Es Eva, preñada ya de Caín.

16

Porque el hombre, animal saltarín, animal triste,
¿de qué puede ser medida?

Como útero herido por el partero con la uña.

Sabe: pasó por el infierno y las siete soledades.

17

Me gusta imaginarlo sentado a la sombra de su ceiba.
Pondera el tronco, grueso y negro, como de un vigor antiguo,
pondera las raíces retorcidas.
Remira el verde de la hoja, tan tierno contra el tronco sombrío.

Esta vieja ceiba es casi toda raíces.

18

Y allá va la negra: senos altos, puntudos, que tiemblan al paso.

Los senos, lo primero que se pudre.

Libro y cuchillo

1

pensaba en un lenguaje secreto,
inventado para asegurarse contra los desvaríos.

de noche, en la vasta sala
con la luz en el rostro,
solía releer un grave libro.

la leyenda, no obstante,
lo imagina sobre su caballo.
detenido en un gesto de ira.

era el señor.

aún están sus huellas
en la mesa, en las leyes,
en los pechos de las doncellas,
en el vaso que empañó con su respiración

2

señaló con su cuchillo la página
(el cuchillo en el libro cerrado).
entonces, frente al espejo,
se pensó decapitado.



José Manuel Arango. Carmen de Viboral, Antioquia 1937. Poeta y traductor.

Ha publicado dos libros de poesía:

Eróticas. 1973

Signos. 1978

Sus traducciones han aparecido en las revistas, escritos de la U.P.B. y Acuarimántima.

Actualmente se desempeña como profesor de Filosofía en la Universidad de Antioquia.

EDITORIAL U. de A.

8 AGO. 1988